

P. MARINO PURROY

V I D A Y M E N S A J E

D E

S O R T E R E S A D E L O S A N D E S

MADRES CARMELITAS DESCALZAS
LOS ANDES (Chile)



SOR TERESA DE LOS ANDES

Juanita Fernández Solar

1900 — 1920

¿TIENE MENSAJE PARA HOY?

Al hombre moderno, ¿tiene algo que decirle un santo?

Parece inútil la pregunta. Porque todo lo que suene a santidad asusta y retrae al hombre de hoy, por la idea que tiene de que el santo le hablará sólo de valores muy sublimes, pero poco asequibles al común de las gentes.

En nuestro caso, nos encontramos frente a una joven como cualquiera otra de nuestro tiempo. Teresa de Los Andes nos trae un mensaje profundamente humano y religioso a la vez. Al leer sus apuntes y sus cartas —no escribió otra cosa— nos convenceremos de que tiene mucho que decirnos.

Ante todo disipará nuestros prejuicios. Nos persuadirá de que ser santo no es sino ser sincero, auténtico. Tratar de vivir el compromiso cristiano de bautizado con generosidad, no a medias. Como ella lo hizo. Y si se está bien dotado, explotando al máximo el caudal de talentos y dotes personales.

De no haber aprovechado debidamente la riqueza de sus grandes valores humanos, Sor Teresa no hubiera sido auténtica. Pues la meta del cristiano es realizarse plenamente como hombre que se siente hijo de Dios, configurándose, identificándose con el más perfecto de los hombres, Jesucristo.

Al final escucharemos el mensaje que a la juventud de hoy y a todos nos trae Sor Teresa. Ahora conozcamos su vida y su espíritu.

¿JUANITA O SOR TERESA?

JUANITA FERNANDEZ SOLAR es la misma que SOR TERESA DE LOS ANDES.

Nacida en Santiago de Chile el 13 de julio de 1900, fue bautizada a los dos días con el nombre de JUANA. Sus padres —Miguel y Lucía— y los demás familiares y amistades la llamaban cariñosamente JUANITA. Desde que entró en el convento, siguiendo la costumbre tradicional de cambiar el nombre, la conocieron por Sor TERESA DE JESUS. A raíz de su muerte, cuando comenzó a extenderse su fama de valiosa intercesora ante el Señor, para distinguirla de

Sta. Teresa de Avila y de Sta. Teresita de Lisieux, se dio en llamarla "la Teresita chilena". Finalmente se ha impuesto y se ha generalizado el nombre de SOR TERESA DE LOS ANDES.

¿Cuándo podremos por fin sustituir ese humilde SOR por el título redondo y llenador de SANTA?

PRIMERA COMUNION

Cuando tenía 7 años ingresó Juanita al colegio del Sgdo. Corazón de Santiago. En él hizo sus estudios. Como externa hasta los 15 años. Desde septiembre de 1915 hasta agosto de 1918, en el internado.

A los seis años comienza a acompañar habitualmente a su mamá y a una tía a la santa misa. Y desde entonces viene pidiéndoles insistentemente le dejen hacer la primera comunión. Se lo conceden para 1910. Y el 11 de septiembre la recibe solemnemente después de haberse preparado muy a conciencia. Desde muchos meses antes ha comenzado a tomar muy en serio sus obligaciones de bautizada, tratando de dominarse más, de dejar de ser rabiosa y peleadora y de ser cada día más obediente y responsable.

Su preparación para acto tan trascendental la dejó impactada para siempre. Fue el punto de partida para llegar a la amistad más íntima con Jesús. Fue la semilla que fructificó en una vida plena de amor y de entrega a Dios y a la humanidad.

SE EXIGE UN METODO

Epoca muy valiosa y decisiva para el futuro humano y espiritual de Juanita es la que corre de 1915 a 1919. En ella planifica su vida exigiéndose un método, en el que ocupa lugar preferente la oración, la misa diaria y el sacrificio, el esfuerzo constante por superarse, por eliminar cuanto le impide realizarse como persona y como cristiana.

Juanita que gusta de repetir que si se es monja no hay que serlo a medias, no quiere ser cristiana de sólo nombre. Y fiel a su compromiso con Cristo, cumple con tenacidad el programa de vida que se ha trazado. De ahí su empeño en superarse en el cumplimiento concienzudo del deber y en la serena aceptación de las pruebas que le van llegando, que fueron incontables en su vida. Porque sabía muy bien, que en ello consiste el sacrificio mas aceptó a Dios y la cruz más santificadora, porque al no elegirla nosotros, la llevamos sólo por amor, sin peligro de buscar nuestra satisfacción.

Sobre todo es fiel a su resolución de recogerse a solas con Jesús para intimar con El. Por eso madruga buscando el silencio y la soledad. Y hace lo imposible por comulgar a diario. Está "chiflada" por Jesús-Hostia. Tiene verdadero hambre de El. Ha comprobado que le da ánimos, que lo necesita. Que Jesús es su Vida y que sin El desfallece y muere. Así trata de alcanzar la meta que se ha propuesto: vivir identificándose con Cristo, para que cuando el Padre la contemple reconozca en ella una buena copia de su Hijo.

- En 1906 fue cuando Jesús principió a tomar mi corazón para Sí.
- A mí desde chica me decían que era la más bonita de mis hermanos.
- La Virgen me ayudó a limpiar mi corazón de toda imperfección. Yo modifiqué mi carácter por completo. Tanto que mi mamá estaba feliz de verme prepararme tan bien a mi primera comunión.
- Jesús, desde ese primer abrazo, no me soltó y me tomó para Sí. Todos los días comulgaba y hablaba con Jesús largo rato. Pero mi devoción especial era la Virgen. Le contaba todo. Sentía su voz dentro de mí misma.
- En 1913 tuve una fiebre espantosa. N. Señor me llamaba para Sí. A los 14 años me envió apendicitis, lo que me hizo oír su voz querida, que me llamaba para hacerme esposa más tarde en el Carmelo.
- Se resolvió hacerme operación. Antes de ponerme coloroformo, yo tomé mi Virgen, me abracé a mi Crucifijo, los besé y les dije: “Luego os contemplaré cara a cara. Adiós”.

ES TAN RICO DAR

El trato familiar con Cristo —“el Hombre para los demás”— le ha hecho comprender que el cristiano no puede ser individualista. De ahí su constante empeño por matar su egoísmo para vivir abierta a las necesidades de los demás, y desvivirse por remediarlas en cuanto puede.

Una de sus resoluciones es sacrificarse por los demás para hacerlos felices. Y trata de llevarla a la práctica con naturalidad, sin que sospechen que le cuesta sacrificio complacerles, dar gusto a todos.

No se contenta con gozar ella sola de la felicidad de servir a Dios. Lleva el alma desgarrada porque sabe que hay muchísimos alejados de El. Vive ofreciendo su vida y mil sacrificios para que le conozcan y le amen. Y no descansa hasta entrar en el convento para convertirse en hostia que se inmole escondidamente toda la vida para que la humanidad mejore.

No está hecha para gozar sola. Aún durante sus vacaciones —tiempo de paseos y sanas distracciones— vive disponible, en actitud de servicio. Sus preferidos son los pobres, sobre todo los niños. Es tan rico dar, dice. Y ella da y se da. Reparte sus ahorros para aliviarlos. Cose ropas para los necesitados. En una ocasión rifó su reloj para obtener fondos con qué comprar zapatos a un niño a quien protege habitualmente. Visita las casas de los inquilinos, quienes le confían sus problemas; y ella les ayuda en sus necesidades espirituales y materiales. Reúne a los niños para enseñarles catecismo. Y cuando se da cuenta de que la instrucción que reciben en la escuela es nula o deficiente, les da clases diariamente. Excelente catequista, colabora con entusiasmo en las misiones con los sacerdotes. Las empleadas de su casa reciben de ella en todo momento ayuda, estímulo, atenciones y muestras de cariño y afecto.

— AÑO 1915. ESCRIBE SOR TERESA: —

- Nos dijeron que entraríamos de internas. Yo creo que jamás me acostumaré a vivir lejos de mi familia: mi padre, mi madre, esos seres que quiero tanto. ¡Ah, si supieran cuánto sufro se compadecerían! Sin embargo, me debo consolar.
- Salimos temprano a caballo con mis primos. Nos divertimos mucho. Después, a las dos, encumbramos volantines, juego que me gusta mucho.
- Mi espejo ha de ser María. Puesto que soy su hija, debo parecerme a Ella, y así me pareceré a Jesús.
- ¡Oh, soy feliz! Pues puedo decir con verdad que el único amor de mi corazón ha sido El.

ALEGRE Y BROMISTA

Juanita lleva una vida interior rica y profunda. Trata con Jesús de corazón a corazón. Se ha entregado a El sin reservas. Pero su equilibrio psicológico le hace llevar una vida normal, como la de cualquier joven de su tiempo.

Todo lo que sea distinguirse le repugna. Evita cuidadosamente merecer el título de beata. Se gloria de que es feliz y lo pasa bien allí donde le toca vivir. De que no es como otras chiquillas que en todas partes se latean. Le gusta querer de verdad. Por eso tiene tantas y tan buenas amigas. Y sus educadoras la admiran y aprecian sinceramente. En todas partes la quieren.

Es alegre, comunicativa, bromista. Contagia a todos su sana alegría. Es maestra en el manejo de la broma y de la ironía. En sus cartas abundan episodios divertidísimos de ataques de risa. La sencillez, familiaridad y alegría de las carmelitas le encantó, influyendo poderosamente en su resolución de ingresar en el Carmelo.

En la intimidad de su familia es amable, dulce, cariñosa. La "joya de la casa", como dirá su hermano Luis.

— AÑO 1916. ESCRIBE SOR TERESA: —

- ¡Qué feliz soy! He sido cautivada en las redes del Divino Pescador. Soy su prometida y muy luego celebraremos nuestros desposorios en el Carmen. Voy a ser carmelita.
- Me he entregado a El. El 8 de diciembre me comprometí. Mi pensamiento no se ocupa sino de El. Es mi ideal, es un ideal infinito.
- No temas, hermanita querida. No existirá jamás separación entre nuestras almas. Yo viviré en El. Busca a Jesús y en El me encontrarás, y allí los tres seguiremos los coloquios íntimos que hemos de continuar allá en la eternidad.

LE ENCANTA EL DEPORTE

Todo lo que sea deporte le fascina. Es estupenda equitadora. Desde niñita, su abuelo le había enseñado a montar a caballo. Y no hay nada que le guste más que cabalgar. Le divierten los largos paseos a caballo por los cerros y quebradas. Se lanza decidida por cualquier parte desafiando peligros. Envidia a los jóvenes que van por varios días a la Cordillera. También le encanta el tenis y manejar la "cabrita". Pero descuella sobre todo como nadadora. Como es alta y bien proporcionada, tiene excelentes cualidades para la natación. Bate el récord de rapidez y resistencia entre sus familiares, resultando indistiblemente vencedora en cuantas competencias organizan con sus amistades.

Se extasia a la vista de los paisajes pintorescos, que retrata después con precisión y colorido en sus cartas. El mar y las bellezas de la naturaleza le hacen sentir sed de lo infinito.

Estudia música y toca el piano. Y las veces que asiste a un teatro, a alguna ópera, sabe apreciar la voz y el desempeño de los actores.

DIVINA Y HUMANA

Lo más sorprendente es la naturalidad con que armoniza el trato con Dios con el de los hombres. Se abisma y queda absorta en la contemplación de las perfecciones de Dios y de las finezas de su amor, sin dejar de mostrarse después alegre, amable y comunicativa con sus semejantes.

Cada día siente necesidad más apremiante de orar. Y aún cuando las ocupaciones o la atención a los demás le impiden recogerse a dialogar con Jesús, sabe y dice que toda su vida es una oración continuada, una alabanza ininterrumpida a Dios, porque todo lo hace por su amor y sin salirse un punto de su divina voluntad. En los lugares de esparcimiento goza con la idea de que, allí donde tantos lo olvidan, al menos ella lo adora y ama. ¡Qué páginas tan deliciosas escribió sobre su intimidad con Dios!

Su oración es sencilla, sin complicaciones. Una íntima y familiar conversación con Jesús. Se figura que está a sus pies escuchándolo. Y trata con El sobre lo que debe hacer o evitar para serle más agradable.

Verdaderamente pasma su equilibrio, la armoniosa síntesis que ha logrado, integrando lo divino y lo humano tan perfectamente. Sorprende verla tan normal, tan complaciente, alegre y bromista, incluso en los meses en que su cuerpo está aquejado por fatigas y molestias, y su espíritu viene sufriendo la purificación más angustiada —dudas, sequedades, abandono y agonía interior— con que el amor acrisoló su alma los dos últimos años de su vida.

AMOR SIN CARICIAS

Juanita es profundamente afectiva. Lloro a mares cada vez que se despidió de los suyos para ir al internado. Es de temperamento tan afectuoso y regalón que, de jovencita se pregunta cómo las monjas pueden ser felices sin recibir muestras externas de cariño, y cree imposible enamorarse de un Dios a quien no se ve ni se puede acariciar. Pero se ha entregado al amor. Y ha comprobado que Dios resarce plenamente, que da muestras palpables —aunque invisibles— de su amor infinito.

Examina, pues, su corazón y se convence de que sus aspiraciones de amor son tales, que ningún ser humano podrá colmarlas enteramente porque será necesariamente limitado, interesado, sujeto a flaquezas. Que únicamente Jesús es capaz no sólo de perfeccionarla, sino de divinizarla. Y que, por lo tanto, sólo El podrá enamorarla. Y opta por El. Y decididamente. Y escoge el convento de las Carmelitas de Los Andes para realizar su ideal de ser toda de Jesús. Está convencida de que encontrará muchos obstáculos para lograr su intento. Pero confía en que, con Jesús, atravesará el fuego si es preciso para conseguirlo.

No es que Juanita no aprecie el matrimonio. Sabe que la vida del hogar es muy sacrificada y fecunda. Que hacen falta cristianos que la vivan generosamente para colaborar en la transformación del mundo. Pero ella no se siente llamada sino para fundirse con Jesús en el amor como prisionera voluntaria suya en una clausura.

No es una ilusa. Sabe que el amor es exigente. Que si va al Carmen es para inmolarse con Cristo por la humanidad. Que en su pieza tendrá una cruz de madera sin Cristo. Que es esa la cruz donde ella debe morir a su egoísmo, a todo lo que le impida repetir: "Yo no soy la que vivo, sino Jesús".

Pero el sufrimiento no le es desconocido. ¿Qué importa sufrir cuando se ama?, dice. El amor es cielo. Y ella, perdidamente enamorada de Cristo, cifra su ideal en sufrir, amar y orar por la Iglesia y por la humanidad pecadora.

— AÑO 1917. ESCRIBE SOR TERESA: —

- Tengo pena. Me sangra el corazón. Mil vidas si yo pudiera ofrecería por él. Todos los sufrimientos, Dios mío, envíadme, y dadme gracias para soportarlos, con tal que él se convirtiera.
- Todos los días hago mi meditación, y veo cuán gran ayuda es para santificarse. Es el espejo del alma. ¡Cuánto se conoce en ella a sí misma!
- María, eres la Madre del universo entero. ¿Quién no se anima, al verte tan tierna, tan compasiva, a descubrir sus íntimos tormentos? Si es pecador, tus caricias lo enternecen. Si es tu fiel devoto, tu presencia solamente enciende la llama viva del amor divino.
- Debo esforzarme por ser más amable. Soportaré con paciencia el carácter de las personas cuyo trato me fastidie. Me esmeraré en labrar la felicidad de los demás. Procuraré hacer amable la virtud a los demás.
- ¿Encontrará el Padre la figura de Cristo en mí? ¡Cuánto me falta para parecerme a El!
- Los corazones de los hombres aman un día y al otro son indiferentes. Sólo Dios no cambia.
- Haré un día de retiro. Lo necesito tanto. Todavía soy muy orgullosa. Me propondré abatir hasta los últimos gérmenes del amor propio.
- Me confesé de los pecados de toda mi vida. ¡Qué confusión de verme tan pecadora! Casi creí que iba a morirme de dolor. Y cuál sería mi alegría al oír que el Padre me decía: "Usted, por la gracia de Dios, no ha tenido la desgracia de cometer ningún pecado mortal".
- El que ama no tiene otra voluntad sino la del amado. Luego yo quiero hacer la voluntad de Jesús. El que ama se sacrifica. Yo quiero sacrificarme en todo.

EL COLMO DE LA DICHA Y DEL DOLOR

El 7 de mayo de 1919 ingresó Juanita en las Carmelitas Descalzas de Los Andes, separándose para siempre de los suyos. Así consumó el gran sacrificio que la trajo desgarrada los últimos meses, y que sólo por amor a Cristo pudo consumir. Un mes antes escribía: "Estoy en el colmo de la dicha y del dolor". Contrastes y paradojas que sólo el locamente enamorado puede entender.

Dolor intensísimo por dejar a los suyos a quienes idolatra y que nunca hubiera abandonado por un hombre. Lucha contra su propia naturaleza, sobre todo desde que solicita el permiso paterno, y que se convierte en agonía, en martirio cruel según va acercándose el día de subir definitivamente al Calvario de la terrible despedida.

Y por otra parte dicha y felicidad, por ver realizado el ideal de su vida; por dejar todo lo que tiene a cambio de Nuestro Señor. Dicha inefable, porque el amante goza en demostrar el amor en lances difíciles y comprometedores. Y porque como Jesús no se deja ganar en generosidad, cuando Juanita se arrancó de los brazos de su madre, le abrió los suyos dulcemente, confortándola y fortaleciéndola con su gracia.

AÑO 1917: ESCRIBE SOR TERESA:

- Junté 30 pesos para mi día. Voy a comprarle zapatos a Juanito, y los demás para dárselos a los pobres. Es tan rico dar.
- Sé que si voy al Carmen será para sufrir. Mas el sufrimiento no me es desconocido. En él encuentro mi alegría, pues en la cruz se encuentra a Jesús, y El es el Amor. Y ¿qué importa sufrir cuando se ama?
- Saqué como resolución la de vivir muy alegre exteriormente.
- Véngase luego, papacito, para pasar siquiera dos días con Ud., ya que nosotras lo aprovechamos tan poco cuando Ud. viene, por estar internas.
- No hemos hecho ningún paseo grande, pues los chiquillos se van a la cordillera por seis días. Te aseguro que los envidio con toda el alma.
- Jesús me pide que sea santa. Que haga con perfección mi deber. Que el deber es la cruz.
- Estoy enferma, sola. No comulgo, pero estoy en la cruz, y en ella está Jesús. Vivo, pues, en permanente comunión.
- Jesús querido, cada vez que me siento mal, siento nostalgia de Ti, de ese cielo donde no te ofenderé más, donde me embriagaré de tu amor, donde seré una contigo.
- He visto que la felicidad en el mundo no existe. Siempre su trato me deja un vacío que lo llena por completo N. Señor.

ORANDO, TRABAJANDO Y RIENDONOS

Las religiosas quedan prendadas de su nueva hermana y de sus sobresalientes cualidades. Y el 14 de octubre la visten con el hábito de la Orden, imponiéndole su nuevo nombre: Teresa de Jesús.

En el convento, fiel a su consigna de sacrificarse por los demás, continúa buscando para sí lo más trabajos y molesto para aliviar a sus hermanas. Las ama de corazón. Ahora es ella la que con su trato fino y exquisito contribuye a que sigan reinando en la comunidad la alegría, hermandad y sencillez, que antes de entrar le habían seducido. Se siente cada día más feliz. En la antecámara del cielo. En el mismo cielo. Porque pasa horas a los pies del sagrario y en su celda con Jesús, que es su gozo infinito. Con Dios, que es alegría infinita. Y luego, en los recreos, se ríe y embroma todo el tiempo, sin que falten los cantos con guitarras y bandurrias en los días señalados. Así pasamos la vida —escribió—: orando, trabajando y riéndonos.

Enamorada de Cristo, de la Eucaristía, de la Virgen y de la oración, despliega un apostolado intensísimo con sus cartas. Sus destinatarios van contagiándose de esos amores de Sor Teresa.

Así vive la prisionera voluntaria de Jesús. Siente ansias de martirio. Le fascinaría dar su vida por El. Pero pisa tierra y sabe que su martirio está en donde vive, en eliminar su egoísmo a cada instante, en aceptar los sufrimientos interiores que la purifican. En cumplir con alegría el fin de la carmelita: rogar, vivir inmolándose, ocultándose por los pecadores, por la santificación de los sacerdotes y por la Iglesia.

— AÑO 1918. ESCRIBE SOR TERESA: —

- Paseamos en la playa o en caminatas. Hemos hecho varios paseos a caballo. También salimos a andar a pie haciendo excursiones por los cerros y quebradas. ¡Qué paisajes más encantadores los que vemos a cada paso!
- Nos ha bajado furor por el tenis. Estoy aprendiendo. Me encanta.
- El viaje resultó divertidísimo. Gozamos, pues embromamos desde que salimos. También nos acordamos de Uds., pero nada más que para “pe-larlas”.
- Si quiero ser crucificada a su semejanza, es necesario vivir en cada instante cumpliendo su divina voluntad, aunque ella me traiga sacrificio e inmolación.
- Tendré carácter. Jamás me dejaré llevar por el sentimiento y por el corazón, sino por la razón y mi conciencia.
- He pasado días de cielo. A cada paseo me iba a estar con El en la capillita, junto a El. Hemos hablado tanto. . .
- Ayer salí para siempre del colegio. Desde ahora, papacito, quiero que Ud. cuente para todo conmigo. No tengo otro deseo que darle gusto en todo, acompañarlo y consolarlo. Pienso correr con la casa, tratando de hacerlo lo mejor posible.
- Cuando pienso en El, quedo sumida en el amor. Veo su grandeza infinita y mi extremada miseria y veo lo que es el pecado y el gran amor de Dios.
- Ocupémonos del prójimo, de servirle aunque nos cueste repugnancia hacerlo. De esta manera conseguiremos que el trono de nuestro corazón sea ocupado por su Dueño, por Dios.

AL ABRAZO DEL PADRE

Todavía no hace el año que Jesús la ha “robado”, y ya su alma, acrisolada y purificada al máximo por el amor, está madura. Ella escribió por entonces: “Soy la persona más dichosa. No deseo nada, porque mi ser entero está saciado en Dios-Amor”.

Durante la cuaresma de 1920 Sor Teresa debió sentirse muy enferma; pero no dio importancia a su mal. Llegó así hasta el viernes santo, en que su maestra la notó afiebrada. Era tarde. El mal —un violento tífus— había minado ya su frágil organismo. Durante su enfermedad se pudo comprobar su aquilataada virtud. Jamás molestó por nada. Siempre estaba bien. Sólo se sabía de sus dolores y malestar cuando era interrogada por los médicos. La comunidad hizo lo humanamente posible por devolverle la salud. Pero inútilmente. El fruto —ella misma lo dijo— estaba ya maduro.

El 12 de abril de 1920, a las 7,15 p.m., fue a gozar sin velos, plenamente, de Dios la que ya en vida había experimentado que fuera de El no hay felicidad posible, que sólo El basta. Contaba 19 años y 9 meses de edad y 11 de carmelita.

AÑO 1918: ESCRIBE SOR TERESA

- Comprendí que el mundo era demasiado pequeño para mi alma inmortal. Que sólo con lo infinito podría saciarme porque el mundo y todo cuanto él encierra es limitado, mientras que siendo para Dios mi alma, no se cansaría de amarlo y contemplarlo porque en El los horizontes son infinitos.
- Todas las tardes rezamos el mes de María. La Eli reza el mes y yo el rosario y toco el armonio. Fijese que ayer estábamos cantando un Ave María y la Herminia nos tiente de la risa. En vez de canto, nos salían carcajadas. No pudimos seguir.
- El alma unida a Dios se diviniza de tal manera que llega a pensar, a desear y obrar conforme a Jesucristo. ¿Hay algo más grande que Dios? ¿Hay algo más grande que un alma divinizada? ¿No es ésta la mayor grandeza a que puede aspirar el hombre?
- Me siento llena de Dios. No hay separación entre nosotros. Donde yo vaya, El está conmigo, dentro de mí. Vivo con El. Y a pesar de estar en los paseos, ambos conversamos sin que nadie nos sorprenda ni pueda interrumpirnos.

PRONTO OBRARA MILAGROS

La comunidad de Los Andes y los familiares de Sor Teresa recibieron muchas cartas, no de pésame, sino de felicitación por tener una santa en el cielo. Los periódicos de Santiago —cosa insólita para una carmelita de clausura— publicaron su muerte, exaltando la heroicidad de sus virtudes.

Pronto los fieles comenzaron a ponerla por intercesora ante el Señor. Y en los 56 años que nos separan de su muerte el Señor ha dado pruebas de su deseo de glorificar a su sierva, otorgando por sus ruegos infinidad de gracias, sobre todo espirituales: conversiones, vuelta al camino del bien... Por eso son incontables los fieles de toda capa social que, de todas las regiones del país, acuden cada día a la tumba de Sor Teresa a dar gracias a Dios por los beneficios obtenidos, y a pedir por su mediación nuevos favores. Su causa de beatificación se viene adelantando con muy buenas esperanzas.

A los pocos días de su muerte, el P. Julián Cea, que la había conocido en febrero de 1919 en unas misiones, escribió:

“Su santidad tenía la propiedad de ser atrayente, amable, comunicativa. No sé qué respeto y veneración infundía su persona. Y al mismo tiempo se sentía por ella un santo cariño, como el que creo se tendría a un ángel si lo viéramos con los ojos del cuerpo. ¡Qué sonrisa angelical acompañaba siempre su conversación! No era esquiva, sino confiada. Y su alma, inocente y pura como un niño. ¡Con qué pasión amaba a Jesús! Pocos días tuve la dicha de tratarla, pero la impresión que me causó su santidad no se borrará jamás. Le rezo todos los días como a una santa que está en el cielo. Yo confío en que pronto comenzará a obrar milagros, y su conducta angelical influirá no poco en la conducta de muchas jóvenes”.

AÑO 1919: ESCRIBE SOR TERESA

- La voluntad de Dios es un alimento espiritual que fortifica el alma que se entrega a El gustosa.
- ¡Qué impresión me produjo cuando vi mi conventito! Su pobreza habla muy bien a su favor. Apenas lo vi me encantó y me sedujo.
- El fin de la carmelita me entusiasma: santificarse a sí misma para que la savia divina se comunique, por la unión que existe entre los fieles, a todos los miembros de la Iglesia. Ella se inmola sobre la cruz, y su sangre cae sobre los pecadores pidiendo misericordia y arrepentimiento. Caen sobre los sacerdotes, santificándolos. Y todo en silencio, sin que nadie lo sepa. Cuántos hay que tachan su vida de inútil. Sin embargo ella es como el Cordero de Dios que lleva los pecados del mundo. Se sacrifica para volver al redil las ovejas extraviadas. Pero así como a Cristo no lo conoció el mundo, a ella tampoco la conoce. Esta abnegación completa me encanta. No hay cabida al amor propio. No ve ni siquiera el fruto de su oración. Sólo en el cielo lo verá.
- Ayer subíamos una pendiente que Eduardo creía no podría subir. Me pesqué de las crines del caballo y empecé a subir tranquilamente, y abajo corría el río.

MENSAJE A LA JUVENTUD

Evidentemente se ha quedado corto el P. Cea. Porque no son sólo las jóvenes las que pueden aprender de Sor Teresa. Tiene mucho que decirnos a todos. Su mensaje a la juventud es de innegable actualidad.

MUY SUPERFICIALES. De los jóvenes que la trataron y rondaron, no le convenció ninguno. Son muy superficiales, dijo.

Hoy buena parte de la juventud es sana, consciente, responsable. Sabe a dónde va, y está bien enrutada. Pero hay otros muchos que hablan estupidamente. Da gusto escucharles. ¡Qué ilusión la suya por ser auténticos, por realizarse plenamente, por cultivar sus valores humanos y por construir un

mundo nuevo más humano y más unido! Señalan muy bien la meta. Dicen querer alcanzarla. Pero no les gusta el camino que conduce a ella. Y muchos se apartan de él. Y ésta es la misión de Sor Teresa: señalar la ruta a la juventud de hoy; recordarle que el único camino que conduce a la plena realización humana es el esfuerzo, la autodisciplina, el control de sí mismo.

AÑO 1919: ESCRIBE SOR TERESA

- Nosotras hacíamos catecismo. Se juntaban más de 50 chiquillos. Y después de las misiones hemos seguido haciéndonos clase todos los días, pues parece que poco o nada les enseñan en la escuela fiscal.
- Sólo me restan 20 días. Y después... el Calvario, el Cielo. Ya estoy subiendo su cima. El dolor de la separación es tan intenso, que no hay palabras para expresarlo. Sin embargo, Dios me sostiene.

Mensaje de innegable actualidad cuando tanta juventud se muestra alérgica a toda norma, aceptando como única regla válida su propio capricho, su talante, el me gusta, no me gusta, me nace, no me nace. No hay pedagogo ni formador serio que apruebe tal norma. Al contrario, todos ellos, a cuantos aspiran a forjar su carácter y personalidad, les exigen borrar de su vocabulario esas palabras —me gusta, no me gusta—, sustituyéndolas por **debo** o **no debo**. Y actuar en consecuencia. Y la experiencia les da la razón. No hay hombre sin autodisciplina, sin control de sí mismo.

“Jamás me dejaré llevar por el sentimiento y por el corazón, sino por la razón y mi conciencia”.

Aquí está el remedio. Mal le hubiera ido a Sor Teresa de no haber puesto en práctica esta resolución, dado su gran fondo de orgullo y su tendencia a obrar independientemente y con altivez. Ella nos habla de las “rabetas feroces” que le daban de pequeña. De sus “rezongos”. De su repugnancia a obedecer. De que, en ocasiones, “siente sublevarse todo su ser”. De que, todavía a sus 17 años, en el colegio, llegó a botar con rabia un dulce que le dieron por creerlo muy chico. Pero, al menos desde los 9 años, se propuso muy en serio controlarse. Y humillándose cada vez que quebrantaba su propósito, y dominando sus impulsos las más de las veces, logró alcanzar la ecuanimidad, dulzura y apacibilidad que admiraron todos en ella.

“Me esmeraré por labrar la felicidad de los demás”. “Mi resolución: sacrificarme por todos”.

Son también propósitos de Juanita. Cuantos jóvenes aspiren a la madurez humana deben indispensablemente hacerlos suyos. Porque es principio archisabido y archirrepetido que únicamente abriéndose a los demás, dándose, saliendo del propio egoísmo en busca del bienestar de los otros, es como se realiza y madura la persona humana. Por eso lo exigió Cristo terminantemente a sus seguidores. Y quienes no se esfuerzan por vivirlo, ni llegarán a ser hombres nuevos, ni serán capaces de construir el mundo nuevo más humano y unido que tanto anhelan.

HACIA LA PLENITUD HUMANA

Apremiante invitación a unificar la vida para lograr la plenitud humana. Tal es el mensaje de Sor Teresa para los cristianos del siglo XX.

Juanita —ya queda dicho— ha conseguido armonizar lo divino y lo humano integrándolo en su vida en admirable síntesis. Para ella no hay dos vidas superpuestas: una natural, profana y la otra sobrenatural, espiritual. No hay sino una **única vida humana plenificada por el amor divino, divinizada**. Viviendo abierta a la voluntad de Dios y no apartándose ni un punto de ella, conjuga con naturalidad encantadora el trato con Dios y con los hombres, como queda ponderado. Convertida en Sor Teresa, más endiosada todavía por haber rendido incondicionalmente su querer al divino, continúa amable y comunicativa y alegrando y embromando a las religiosas. Y a los destinatarios de sus cartas.

Desde su recoleta celda conventual escribió estas líneas rebosantes de exquisita ironía: **“Acerca de lo que me dices del paseo de la Alameda, no he podido menos que reírme. Pues ya te veo a tí, con misión de pescar, pasar en medio de los galanes con actitud virgen; con los ojos bajos; con el sombrero a media cabeza y con tu peinado de postulante, y con el paso bien apresurado”**.

La destinataria, amiga de Sor Teresa, había optado por consagrarse al apostolado de la caridad, renunciando al matrimonio. Estaba en su derecho. Pero como sus padres le obligaban a pasear en la Alameda, debía hacerlo con gracia y naturalidad por complacerles. Y caso de que llegara el galán, aunque sus padres quisieran imponerse, lo correcto era defender con firmeza y respeto su derecho. Eso le vino a decir Sor Teresa, porque era lo elegante, lo humano, lo cristiano. Precisamente porque era lo divino. En este caso, no por malicia, sino por timidez —al obedecer a medias a sus padres— se apartaba esa joven del querer divino. Y hacía el ridículo. La obediencia a Dios le hubiera salvado de su extravagancia. Y la obediencia a Dios salvaría al vicioso de la degradación que le trae destruido, que lo animaliza. ¡Qué verdad es que el hombre sin Dios se deshumaniza! En cambio, en diálogo con Dios, abierto y disponible a su querer, entrando en comunión con el Infinito, alcanza el hombre su plena dignidad. Su naturaleza, lejos de quedar destruida, queda así enriquecida, perfeccionada, divinizada.

A esta meta ha llegado Sor Teresa. Por eso, rebosante de satisfacción, necesita proclamar en todos los tonos —como lo hace en su correspondencia— que está gustando anticipadamente la felicidad del cielo.

Sabe muy bien que, sumergida como está en esa atmósfera divina, su vida entera —sin excluir ninguna de sus acciones— es una alabanza de gloria a la Sma. Trinidad. Y eso mismo nos pide a todos: que convirtamos toda nuestra vida en culto, en ofrenda, en **“melodía continua de amor”** para Dios.

Muchos lo habían olvidado y venían separando lamentablemente su vida religiosa de su vida profana. Y el cristianismo quedaba desprestigiado con proceder y conductas en franca oposición con las creencias. Por eso llegó la severa advertencia del Concilio Vaticano II contra los que incurrieran en tal incoherencia.

- Jesucristo, ese loco de amor, me ha vuelto loca. Es martirio el que padezco al ver que corazones nobles y bien intencionados, corazones capaces para amar el bien, no amen al Bien infinito e inmutable; que corazones agradecidos a las criaturas no lo sean con aquel que los sustenta, que les da la vida y los sostiene, que les da y les ha dado todo, hasta darse El mismo.
- ¡Si supieras la felicidad que inunda mi alma en cada instante de mi vida escondida en Dios! Me parece que principié a vivir sólo el 7 de mayo. Te aseguro que todos los sacrificios hechos me parecen nada. Eso que no han dejado de dolerme hasta lo íntimo del alma. Vivimos riéndonos y amando. No te imaginas la alegría, la confianza y la sencillez que reina. Me encuentro en mi centro.
- Todo es alegría y sencillez en el Carmen. Y cada una se esmera en poner de su parte cuanto pueda para alegrar a sus hermanas.
- Mi celda es bien pobrecita, pero en ella paso con Nuestro Señor en íntima conversación de corazón a corazón.
- Por Jesús he preferido ser pobre y trabajar; ya que El por mi amor se hizo pobre, yo por amor a El quiero serlo.
- Dios es Amor y Alegría y El nos la comunica. Sólo Dios basta. Fuera de El no hay felicidad posible.
- En cuanto a Dios, no me lo represento de ninguna forma, para ir a El por fe.
- Después que comulgo me siento en el cielo, y dominada por el amor infinito de mi Dios. A veces mi solo consuelo en este destierro es la comunión, donde me uno íntimamente con El.
- Seamos una melodía continua de amor para nuestro buen Jesús.
- Para una cármelita la muerte no tiene nada de espantable. Va a vivir la vida verdadera. Va a caer en brazos del que amó aquí en la tierra sobre todas las cosas. Se va a sumergir eternamente en el amor.

Sor Teresa, que tan estupendamente captó y asimiló esa exigencia del Evangelio, puede con todo derecho recordárnosla a los cristianos de su siglo, haciéndola mensaje propio. Y repetirnos: Que no debe haber para nosotros sino una única vida humana. Toda ella cristiana, espiritual, es decir, de acuerdo al espíritu de Cristo. Que estamos obligados a dar culto a Dios no únicamente la hora de la misa dominical y los minutos diarios dedicados al rezo, sino todos los minutos del día y todas las horas de la semana. Cuando nuestra oración sea —como la de Sor Teresa— una conversación íntima con Cristo, en la que tratemos familiarmente con El, saliendo de ella dispuestos a sacrificar de nuestra vida personal y social lo que le desagrada, toda nuestra vida, unificada, será auténticamente cristiana. Si; también la de los negocios, la profesional, la del hogar. Y entonces todo nuestro día —incluso las diversiones— serán culto, liturgia, melodía continua, glorificación de Dios.

Registro Inscripción N° 45.142
fecha 22 de Marzo de 1976

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

Para notificación de gracias recibidas, dirigirse a:
MM. Carmelitas
Av. Sarmiento, 389
Casilla 201 - LOS ANDES.